

ESCRITOS BREVES DE ALFRED JARRY

LOS NUEVOS TIMBRES

Cuando se desea mantener correspondencia con allegados momentáneamente alejados, hay una superstición humana que consiste en arrojar en orificios ad hoc, análogos a las bocas de tormenta, la expresión escrita de la propia ternura, después de haber fomentado, por medio de algún donativo, el por lo demás funesto negocio del tabaco, adquiriendo en recompensa pequeñas imágenes, sin duda benditas, a las que se besa devotamente por detrás. No es este el lugar para criticar la incoherencia de esas maniobras; es indiscutible que, por este medio, es posible establecer comunicaciones a distancia.

Esta costumbre es seguramente antigua, ya que esas figuritas -los timbres, para llamarlos por su nombre- son muy conocidas. Por esta razón nos sentimos desagradablemente sorprendidos cuando, hace pocos días, un vendedor de tabaco nos entregó, a cambio de nuestros quince céntimos de buen cobre, una efigie inédita, lo que nos sumió en la misma perplejidad que si nos hubiera dado una pieza falsa. De nada nos sirvió objetar ante el comerciante que su nuevo timbre de quince céntimos era poco agradable de ver y que no pensábamos que pudiera venderlo tanto como el anterior. En vano apelamos a su moralidad, ya que la viñeta representa una escena más bien lamentable: una dama ciega y con un brazo en cabestrillo, sentada en una silla de tijera, apiada a los transeúntes por medio de un cartel que promete al hombre todos los derechos sobre su persona; sobre su cabeza se balancea un farol con el número de su casa. El precio se eleva, para los extranjeros, hasta veinticinco céntimos, aunque la dama es siempre la misma.

Los timbres de 40 y 50 céntimos y de un franco tienen el formato de una cubierta de álbum y están suntuosamente impresos a dos colores, pero no hemos podido adivinar cuál puede ser su uso. Se dice que hay viejos pródigos que pagan los ejemplares de lujo hasta dos y cuatro francos.

Los timbres de 1, 2 y 5 céntimos nos parece que satisfacen todas las exigencias: su marco en forma de herradura de caballo alado los hace apropiados ora como marca para el herrero, ora como ex libris para el poeta, en el segundo caso a causa de Pegaso. No podemos menos que aconsejar encarecidamente el reemplazo, en toda ocasión, de los timbres de dos y cuatro francos por la cantidad que sea necesaria de estos otros.

Los contribuyentes, que mantienen a la policía para que persiga a los vendedores de cartas transparentes, compran y hacen circular este museo de horrores; los compran y - ¡siendo tan simple escupir sobre ellos!- los lamen

EL ATAUD DE LA REINA VICTORIA

Nos felicitarnos de no haber revelado, antes de que hubiera pasado todo Peligro, la terrorífica noticia que va a leerse ahora. Hemos contribuido así a evitar un desastroso pánico. Por poco Europa hubiera debido lamentar la muerte, causada por el más inaudito de los atentados, de varios soberanos y una infinidad de oficiales superiores, reunidos con motivo del entierro de la reina Victoria. La catástrofe ha sido evitada gracias a la intrépida discreción de los organizadores de los funerales.

Quizás el público no haya podido comprender por qué el coche fúnebre era un carruaje de artillería, ni la razón de las maniobras, deportivas pero extrañas, de los portadores del ataúd real -cuyo peso estaba evaluado en trescientos kilos-, que "se

entrenaron" previamente con otro ataúd de quinientos kilos. Que ese público sepa hoy que acaba de escapar a la más audaz de las tentativas de los anarquistas londinenses: en el ataúd, actualmente empotrado en una bóveda para preservar su eterna seguridad, ¡el cadáver de la Reina había sido sustituido por trescientos kilos de dinamita! Si todo peligro quedó conjurado, se lo debemos a las perfectas condiciones, metódicamente adquiridas, de los músculos de los portadores. Pero inquiriremos tímidamente, ¿era realmente necesario que en el ataúd de entrenamiento, ahora olvidado entre accesorios fuera de uso en algún campo de fútbol o de golf, y aun aceptando la legítima excusa de que era necesario completar rápidamente y con cualquier material el peso de quinientos kilos, era necesario, insistimos, introducir en él justamente los venerables restos de la Reina?

ACCIDENTES DE FERROCARRIL

Por un curioso instinto atávico las multitudes experimentan todavía una inexplicable necesidad de esconderse en el interior de cosas cerradas y de aspecto agresivo, tal como lo hacía el hombre primitivo en las cavernas. El vestigio más fácil de estudiar de esta tendencia es la afluencia de viajeros a los vagones de ferrocarril. Desgraciadamente, esos extraños impulsivos son a menudo víctimas de su retorno a la barbarie -la edad del hierro no significa un gran progreso sobre la de la piedra-, y en el choque de trenes de esta quincena se extinguió un gran número de especímenes de esta clase de trogloditas. La civilización ambiente está demasiado desarrollada para permitir que se desarrollen en adelante muchos de esos locos o desesperados. ¿Pues no es acaso cosa de locos o de desesperados dejarse encerrar buenamente en jaulas rodantes, a merced de alguien que no tiene otra idea que la de arrastrarlos no se sabe adónde, a toda velocidad, sobre vías complicadas de ex profeso, de manera que se entrecruzan en la mayor cantidad posible de puntos?

PROTEJAMOS AL EJERCITO

Si la celosa actividad del ministro de Guerra no decrece, dentro de poco habrá fenecido cierta asociación de personas armadas, bien conocida bajo el nombre abreviado de ejército. En efecto, es presumible que, de supresión de abuso en supresión de abuso, por fin no quedará nada. Ya es hora de que los historiadores, los folkloristas y los conservadores de monumentos nacionales se preocupen por esa inminente desaparición. Si es de incumbencia de esos funcionarios el velar por la conservación de la parte muerta del ejército -trofeos de victorias o reliquias de derrotas- no menos les corresponde el mantenimiento de la parte viva: la generación bajo banderas, debidamente cobijada en otros locales igualmente dispuestos a ese efecto. De esta manera será salvaguardada, presente y permanente, la noción de militar, indispensable para la felicidad de los hombres, ya que implica la noción de civil. A causa de ella, la mayoría de las familias francesas juzgan incompleta la educación de sus hijos si no los envían, durante un período de uno a tres años, a realizar observaciones personales sobre la existencia del soldado. Vuelven maduros para la vida burguesa y gratificados con el certificado de buena conducta, en el que consta que "han servido a su patria con honor y fidelidad", pero ya no tienen oportunidad de servirla más que durante periodos que no exceden los veintiocho o trece días por vez.

ENSAYO DE DEFINICION DEL CORAJE

Hemos hablado aquí del duelo y, más extensamente, del ejército. Nuestra intención era llegar a una definición del coraje. Pero siempre ocurrió que perdimos la ilación de nuestras asociaciones de ideas, lo cual probaría bastante válidamente que no había ninguna relación esencial entre las dos ideas precisadas y el coraje, con el cual se las relaciona comúnmente.

El coraje es un estado de calma y tranquilidad frente a un peligro, estado rigurosamente semejante al que se experimenta cuando no existe ningún peligro. De esta definición por lo menos provisoria resulta que el coraje puede ser adquirido por dos medios: 1º) alejando el peligro; 2º) alejando la noción de peligro.

La primera actitud corajuda es la del hombre que, en razón de su fuerza natural o, más a menudo, merced a armas que se ha procurado y ha aprendido a manejar, se pone al abrigo del peligro. La lluvia nos preocupa menos si nos hallamos bajo un techo o un paraguas y el rayo si estamos bajo un parrarrayos en cuyo buen funcionamiento creemos; a la vez, es extremadamente raro que un hombre vigoroso y armado hasta los dientes se intimide ante un adversario notoriamente débil y desprovisto de medios de defensa. El esquema más verosímil del coraje nos parece ser el siguiente: Hércules, con su maza levantada sobre la cabeza de un niño que apenas comienza a caminar y entrevé las ganas de disparar. La tendencia a la realización de este tipo de ideal del coraje se manifiesta en los ejércitos permanentes y en todo el aparato de las armas. En este primer caso, el estado del coraje es una seguridad.

En el segundo caso, aquel en el cual el macizo valiente armado encuentra a otro más robusto y mejor armado, el coraje no puede ser otra cosa que ignorancia o distraída atención. Esta ignorancia se sostiene con conceptos variados y diversas formas de lenguaje. De esta manera, cada pueblo se repite a sí mismo que es el más corajudo de la tierra y que se halla "a la cabeza" de la humanidad. Desgraciadamente, la humanidad es una especie de animal redondo con cabezas en todo su contorno.

Pero aún Gerardo el Matador de leones olvidaba a la fiera para pensar en el prestigio de Francia alzado por él ante los ojos de los árabes.

Un excelente dispositivo que sirve para distraer la atención de un sujeto temible es aquél que sirve para separar al toro, en las corridas, de un objeto por el cual no siente demasiado temor: hablamos del uso de un trozo de trapo de color deslumbrante; sus efectos son diferentes según se lo presente a una temible bestia o a un pueblo débil. Acabamos de reconstruir la invención de la bandera.

CIEN MIL PERSONAS SECUESTRADAS

Los secuestros están de moda: después de la reclusa de Poitiers, los diarios nos han revelado el caso de un anciano de ochenta y un año que fue martirizado por sus hijos. Estamos personalmente informados de la historia auténtica de otro viejo que hace unos años apeló a la caridad de un pintor filántropo muy conocido, el señor H. R. Este lo despiojó, lo vistió, lo albergó, lo nutrió y abrevó durante algo más de dos meses, en el curso de los cuales el hospedado se mostró casi tan dulce y tratable como el Viejo del mar que se había asido a Simbad el Marino, con una sola diferencia: que era un ebrio demasiado experimentado como para desembarazarse de él con el simple auxilio de unas uvas exprimidas dentro de una calabaza. El Sr. H. R. trató de persuadirlo amablemente de que buscara abrigo en otra parte; entonces el huésped se enfadó,

amenazándole con presentar una denuncia ante el consejo de notables (¿por qué ante el consejo de notables?) acusándolo de haberlo SECUESTRADO durante dos meses, impidiéndole trabajar. Sólo se calmó luego de recibir una cierta suma que le permitió terminar sus días con des- ahogo honorable y respetado.

Hay secuestrados más verdaderos y más interesantes. No se ha dejado de observar que gran número de jóvenes son arbitrariamente quitados a sus familias, no sabemos con qué intención, y sólo les son devueltos al cabo de tres años. Permanecen encerrados entre murallas y bajo vigilancia. Sin duda para facilitar esta última tarea, la persona o la asociación que los retiene encuentra un placer extraño vistiéndolos de colores vivos. Estos raptos son tan antiguos y se renuevan tan periódicamente, que ya no se les presta atención. No es tan absurda la frase de la cocinera que pretende que los cangrejos se acostumbran a la cocción, aunque no sean los mismos que se ponen a hervir. Quizás esos abusos sean demasiados como para que se pueda intentar siquiera castigarlos.

LA RISA EN EL EJERCITO

Nos informan que hace poco los miembros de un consejo de revisión no han vacilado en privar a la defensa nacional de uno de sus futuros sostenes exceptuando del servicio a un concripto no porque fuera de ninguna manera inepto o mal constituido, sino por la única razón de que era demasiado feo. La autoridad militar estimó que semejante rostro provocaría en las filas una hilaridad perjudicial para la disciplina. En la decisión del con- sejo creemos ver, no sin dolor, el quebranto de las sanas tradiciones francesas: la más nacional de todas, la risa, desaparecida del universo, parecía haberse refugiado en el ejército, como lo certifican esas dos grandes figuras, Dumanet y Ramollot. La mejor prueba de su valor cómico reside en que provocan hilaridad justamente a hombres que viven bajo la amenaza perpetua de un código cuyos menores artículos condenan a la pena de muerte o al calabozo. Pensábamos que era esa una hermosa escuela de coraje y que si tal o cual jefe permitía que uno de sus giros o discursos se prestaran a alguna sonrisa, lo hacía de exprofeso, para enseñar a sus subordinados a afrontar el peligro con esa misma sonrisa en los labios. Los griegos, cuando partían a la guerra, se llevaban a Tersites. Pero parece que, según el nuevo decreto, en Francia ocurrirá de manera distinta a partir de ahora. Debe entenderse que la alegría que los superiores procuraban a sus subordinados era involuntaria; nunca lo hubiéramos creído. Las armas, en lo futuro, serán presentadas con seriedad. Pero ¿se imaginan ustedes, por ejemplo, a dos militares que practican ese ejercicio y que no pierden la seriedad cuando el cabo refuerza su orden con una de esas frases que el soldado oye todos los días, como esta, inmortal, que consagró Charly: "¡Ustedes dos hacen un lindo trío!"?

A pesar de todo, nos inclinarnos ante la sabiduría del consejo Y sólo interpondremos algunas tímidas objeciones: 1º) Si es loable tener sólo hermosos soldados y exceptuar por causa de fealdad, ¿cómo valorar esos casos de fealdad, desde el momento que cada mayor o comandante de reclutamiento puede juzgar de manera diferente, obedeciendo a sus gustos personales? 2º) Según la nueva costumbre, ¿sería bueno quizás abolir el uniforme en provecho de nuevas vestimentas más sentadoras, atendiendo una intención estética? 3º) Sería deseable que esta ley no tuviera efecto retroactivo porque, si se nos permite hablar así sin irreverencia ¡qué convulsión podría producirse entre los cuadros superiores!

CINEGETICA DEL OMNIBUS

De las diversas especies de fieras y paquidermos aún no extinguidos dentro del territorio parisiense, ninguna, sin duda, reserva más emociones y sorpresas al cazador que el ómnibus.

Algunas compañías se han reservado el monopolio de su caza. A primera vista, uno no se explica su prosperidad: la piel del ómnibus, en efecto, no tiene ningún valor y su carne no es comestible.

Existe gran cantidad de variedades de ómnibus, si se los distingue por el color; pero esas sólo son diferencias accidentales, debidas al habitat y a la influencia del medio. Si el pelaje del "Batignoles-Clichy-Orden", por ejemplo, tiene un matiz que recuerda el del enorme rinoceronte blanco sudafricano, no habrá que buscar otra causa de ello que las migraciones periódicas del animal. Ese fenómeno de mimetismo no es más anormal que el que se manifiesta entre los cuadrúpedos de las regiones polares.

Propondremos una clasificación más científica, en dos variedades cuya permanencia está bien reconocida: 1º) la que disimula sus rastros; 2º) la que deja una pista aparente. Las huellas de esta última se hallan extraordinariamente apretadas, como si hubieran sido producidas por una reptación, y son tan semejantes a la traza dejada por el paso de una rueda que pueden ser tomadas como tales. Los naturalistas discuten aún sobre si la primera variedad es la más antigua o si es que sólo ha retornado a una existencia más salvaje. Sea como sea, es indiscutible que la segunda variedad es la más estúpida, ya que ignora el arte de disimular sus rastros; pero -y esto explicaría que aún no se haya extinguido totalmente- es, según todas las apariencias, la más feroz, a juzgar por sus gritos, que hacen huir a los hombres ante su paso, presas de tumultuoso pánico, y que sólo es comparable al del pato o del ornitorrinco.

Dada la gran facilidad con que es posible descubrir la pista del animal, facilidad decuplicada por su curiosa costumbre de volver a pasar siempre por el mismo camino en sus migraciones periódicas, la especie humana se ha ingeniado en atraparlo en trampas dispuestas en el recorrido. Con un sorprendente instinto, al llegar la pesada mole a un punto peligroso, da media vuelta y rehace su camino en sentido inverso, teniendo cuidado, esta vez, de confundir sus rastros haciéndolos coincidir con las precedentes trazas.

Se han ensayado otros sistemas de trampas, especies de chozas dispuestas, a intervalos regulares, a lo largo de la ruta y bastante semejantes a las que sirven para la caza en los pantanos. Un grupo de intrépidos se oculta allí y acecha al animal. Las más de las veces éste lo espanta y se aleja, no sin expresar su furor por medio de un fruncimiento de su piel posterior, azul como la de ciertos monos y fosforescente por la noche; esa mueca imita muy bien, en arrugas blancas, el grafismo de la palabra "completo".

Sin embargo, algunos especímenes de la especie se han dejado domesticar: obedecen con suficiente docilidad a su domador, que los hace adelantarse o retroceder tirándoles de la cola. Este apéndice difiere un poco del de los elefantes. La Sociedad Protectora de Animales ha obtenido -de la misma manera que en el Tibet se deposita la adiposa cola de ciertos carneros sobre un carrito- que la del ómnibus sea protegida por una empuñadura de madera.

Esta medida compasiva es bastante desconsiderada, pues los individuos salvajes devoran a los hombres atrayéndolos con una fascinación semejante a la de la serpiente.

Como consecuencia de una complicada adaptación de su aparato digestivo excretan a sus víctimas todavía vivas, después de haber asimilado las partículas de cobre que

hubieran podido extraerles. Una prueba de su buena digestión es que la absorción en la superficie –la epidermis dorsal- es exactamente la mitad de la absorción en el interior.

Conviene quizás relacionar con este fenómeno la especie de alegre pedorrea que precede invariablemente a sus comidas.

Algunos viven en una extraña simbiosis con el caballo, que parece ser para ellos un peligroso parásito: su presencia está caracterizada, en efecto, por una rápida disminución de las fuerzas motrices, que son por el contrario muy notables en los individuos sanos.

Nada se sabe de sus amores ni de la manera de reproducirse.

La ley francesa parece considerar a esas grandes fieras como nocivas, pues no veda su caza en ningún período del año.

ANTROPOFAGIA

Esta rama demasiado olvidada de la antropología, la antropofagia, no se muere; la antropofagia no ha muerto.

Hay, como se sabe, dos formas de practicar la antropofagia: comer seres humanos o ser comido por ellos. Hay también dos maneras de probar que uno ha sido comido. Por el momento sólo examinaremos una: si *La Patrie* del 17 de febrero no ha disimulado la verdad, la misión antropofágica enviada por el diario a Nueva Guinea habría logrado un éxito total, tanto que ninguno de sus miembros habría regresado, excepción hecha, como corresponde, de dos o tres especímenes que los caníbales tienen la costumbre de dejar con vida para encargarse de transmitir sus saludos a la Sociedad de Geografía.

Antes de la llegada de la misión de antropofagia, es verosímil pensar que, entre los papúes, esta ciencia se hallaba en pañales: le faltaban los primeros elementos, los materiales, nos atreveríamos a decir. En efecto, los salvajes no se comen entre ellos. Más aún, se desprende de varios ensayos de nuestros valerosos exploradores militares en África que las razas de color no son comestibles. No debe extrañarnos pues el recibimiento solícito que los caníbales dieron a los blancos.

Sería un grave error, sin embargo, no ver en la carnicería de la misión europea más que una baja glotonería y un puro interés culinario. Este hecho, a nuestro entender, pone de manifiesto uno de los más nobles impulsos del espíritu humano: su propensión a asimilar todo aquello que encuentra bueno. Constituye una vieja tradición, en la mayor parte de los pueblos guerreros, devorar tal o cual parte del cuerpo de los prisioneros, en la suposición de que encierra diversas virtudes: la bondad, la valentía, la buena vista, la perspicacia, etc. El nombre de la reina Pomaré significa "comejojo". Esta costumbre ha sido algo abandonada cuando se empezó a creer en localizaciones menos simples. Pero se la vuelve a encontrar en los sacramentos de varias religiones basadas en la teofagia. Cuando los papúes devoran exploradores de raza blanca entienden practicar una comunión con su civilización.

Si algunas vagas concupiscencias sensuales se han mezclado en el cumplimiento del rito es porque las sugirió el propio jefe de la misión antropofágica, el Sr. Henri Rouyer. Se ha observado que habla insistentemente, en su relato, de su amigo "el buen gordo Sr. de Vriés". Los papúes, a menos que se los suponga excesivamente ininteligentes, lo han interpretado de esta manera: *bueno*, es decir, bueno para comer; *gordo*, es decir, habrá para todo el mundo. Es difícil que no se hicieran del Sr. de Vriés la idea de una reserva de alimento vivo prevista para los exploradores. ¿Cómo éstos hubieran dicho que era bueno si no hubieran apreciado su calidad y la cantidad de su corpulencia? Por otra parte, está demostrado, para cualquiera que haya leído relatos de viajes, que los explora-

dores sólo sueñan con comidas. El Sr. Rouyer confiesa que ciertos días de hambre "abastecían sus estómagos con orugas, gusanos, langostas, hembras de termitas..., insectos de una especie aún rara para la ciencia". Esta búsqueda de insectos raros ha debido parecer a los indígenas un refinamiento de glotonería; en cuanto a las cajas de colecciones, era imposible que no las tomaran por extraordinarias conservas reclamadas por estómagos pervertidos, tal como nos imaginamos nosotros, hombres civilizados, el estómago de los antropófagos.

Fuatar, jefe de los papúes, propuso al Sr. Rouyer el cambio de dos prisioneros de guerra por el Sr. de Vriés y el boy Aripán. El Sr. Rouyer rechazó esta oferta horrorizado... Pero se apodera clandestinamente de los dos prisioneros de guerra. No vemos ninguna diferencia entre esta actitud y la del ratero que rechazara, no menos horrorizado, la invitación a pagar una cierta suma por la adquisición de una o varias piernas de carnero, pero que hurtara, ausente el carnicero, esos miembros comestibles. El Sr. Rouyer ha tomado dos prisioneros. ¿Qué ha hecho el Sr. Fuatar, jefe de los papúes, al estipular el precio de la liberación del boy y del Sr. de Vriés sino establecer el monto legítimo de su factura?

Hay, decíamos al comienzo, una segunda manera, para una misión antropofágica, de no volver, y este método es el más rápido y más seguro: que la misión no parta.

SOBRE ALGUNAS VIOLACIONES LEGALES

Sobre el terna de la violación, así como sobre otros más abstrusos, el legislador ha sabido contentar tanto a los espíritus simples como a los filósofos; a éstos por su sabiduría insondable, a aquéllos por su amable absurdidad. Ha acudido a su habitual procedimiento: ha prohibido expresamente la violación en ciertos casos designados, según todas las apariencias, al azar; en otros casos, no menos arbitrarios, la ha recomendado, sin motivo, de manera aún más expresa.

Esta contradicción se justifica si se considera que el legislador no responde más que de su capricho, o bien si se toma uno el trabajo de desentrañar, bajo ese capricho, una ley que sea el espíritu mismo de la Ley: el legislador, amigo del orden y de la armonía, experimenta un extremado goce en los movimientos de conjunto, aprueba no importa qué actos, siempre que sean cumplidos por una multitud. Recíprocamente, detesta ver al ser humano agitarse aisladamente. Es así que uno no podría, sin disgustarle, hacer la guerra por sí solo. Recordemos, a propósito, que se leerá más provechosamente el Código, restituyendo toda su amplitud a una expresión que se halla escrita en él abreviadamente: *la ley*. Se debe leer: la ley (del más fuerte). El contexto da fe de ello.

Ahora bien, como la violación es por excelencia el acto que requiere el más reducido número de colaboradores, se ofrece a sí mismo a las iras del legislador. Este, sin embargo, en su mansedumbre, lo autoriza a veces, hasta lo prescribe, en dos casos severamente reglamentados.

Se recordará sin duda un reciente misterio: una niña desapareció al salir de la casa de sus padres con la intención de adquirir, para sustentarlos, un hígado de ternera. Raptada por unos nómadas, fue hallada dos días después en los lindes de un bosque. Los animales salvajes habían respetado la víscera, encerrada en una canasta, pero hay viejas supersticiones populares que aún tienen vigencia en la gente y la policía, a propósito de seres mitológicos que pueden hallarse en un rincón de un bosque y que reciben la denominación de sátiros. Luego ¿la niña había sido violada?

Es aquí donde resplandece la deslumbrante sagacidad del legislador. La violación está prohibida en todas partes a los nómadas, al menos en perjuicio de hijos de padres sedentarios, de la misma manera que les está prohibido estacionarse en el territorio de ciertas comunas (¡aunque sea bien evidente que si se estacionan no son nómadas!). No obstante el legislador era impotente en cuanto a verificar si algún nómada o sátiro había perpetrado el delito. ¿Qué se le preguntaba, entonces? Si la violación había tenido lugar o no. Resolvió pues hacer de manera que hubiera tenido lugar, con la intervención de una criatura de las suyas, persona como él sagaz, astuta, respetable y autorizada.

Es así que, sobre el cuerpo intacto de la niña, un médico -pues hay que llamarlo por su nombre- estuvo encargado del estupro oficial.

De igual manera, bajo la mirada benevolente de la ley, y frecuentemente con el apoyo -hay que confesarlo- de la Iglesia, seres lúbricos hay que raptan a jóvenes puras o tomadas por tales. Sospechosos personajes que reciben el afrentoso y obsceno nombre de testigos, les prestan ayuda. La Prensa, desde hace años, sostiene una campaña que debiera conducir al apresamiento de los delincuentes. Vanamente los periódicos dedican columnas enteras a dar los nombres, apellidos y guaridas de esas bandas de sátiros, bajo la rúbrica “anuncios de casamientos” o “casamientos” o “casamientos en el gran mundo”.

Digamos, para disculpa de la Iglesia, que ésta no bendice la violación más que cuando el delincuente se compromete, por declaración pública, hermosos escritos y retracción pública, a practicar otras, las cuales no serán ya violaciones, y a no mancillar a otras víctimas durante el resto de sus días.

Hemos dicho bastante sobre la incoherencia de la Justicia, para ayudar a comprender el símbolo cínico de su Balanza: cada uno de sus platillos tira para su lado; por desgracia, son ellos los que tienen razón, puesto que emplean el mejor método posible para establecer el equilibrio.

LA EXISTENCIA DEL PAPA

(Pasquino y Marlorio, las dos célebres estatuas romanas, dialogan)

MARFORIO. ¿Qué noticias hay?

PASQUINO. El fin del mundo está cerca; lo veo en ciertos signos: los caminos ya no llevan a Rorna, sino que parten de ella.

MARFORIO. ¿Quiere usted decir que S. M. Victor Manuel parte de Roma para ir a París?

Me pregunto si la cortesía parisiense dará al original la acogida que niega a su imagen. En una palabra, si, en ocasión de su visita, dará curso legal a las piezas de moneda que llevan su imagen y que se ha obstinado en rechazar.

PASQUINO. No todas. En cuanto al rey, circulará libremente, por montes y valles, más allá de los montes y más allá de los valles y por ferrocarril y en coche; libremente, es decir, en medio de los bravos y las avalanchas de una multitud gritona, encerrado en un vehícuero rodeado de policías. Un rey es siempre una buena pieza.

MARFORIO. No en su país. Pero usted no me ha comprendido, Pasquino. Le preguntaba: ¿Qué noticias hay ... importantes?

PASQUINO. ¿Qué noticias... de mi salud?

MARFORIO. No pasquinee usted en estas dolorosas circunstancias en que la Cristiandad está en juego. Su salud de usted es excelente, mi querido colega de piedra. ¿Qué noticias hay, Pasquino, de la salud de Su Santidad?

PASQUINO. Pero si ya le he contestado, Marforio: todos los caminos parten de Rorna, incluso el que lleva de Roma al cielo.

MARFORIO. ¿Qué quiere usted decir? ¿Ha muerto el Papa?

PASQUINO. El Papa no ha muerto. Tiene muy buenas razones para ello.

MARFORIO. ¡El cielo sea loado! ¿Entonces Su Santidad está mejor?

PASQUINO. ¡Ah, no! No está mejor. También tiene muy buenas razones para ello.

MARFORIO. Es entonces que la enfermedad no se ha agravado y que el estado del Santo padre es estacionario. ¡Penosa pero consoladora incertidumbre!

PASQUINO. Es lo que se llama la infalibilidad papal. Escúcheme bien, Marforio, voy a confiarle a usted un secreto: el Papa no está ni muerto, ni curado, ni enfermo, ni vivo.

MARFORIO. ¿Cómo?

PASQUINO. Ninguna de esas cosas. No hay ningún Papa, nunca ha habido el menor rastro del Papa León XIII.

MARFORIO. Pero los diarios están llenos de relatos de personas que han sido recibidas por él en audiencia y de detalles de su enfermedad.

PASQUINO. La vanidad humana es crédula. Y usted, Marforio, ¿lo ha visto?

MARFORIO. Usted sabe muy bien que, como somos de piedra, los desplazamientos nos resultan difíciles. No, por cierto, no he ido a ver al Papa. Me movilizaré un día hasta el Vaticano si me cargan en una carroza, como a un embajador, o si le ponen ruedas y un motor a mi pedestal. Pero que yo no lo haya visto no es una razón para que el Papa no exista. Usted, Pasquino, ¿acaso ha visto a Dios?

PASQUINO. Si lo hubiera visto desconfiaría. Sólo se muestra aquello que no es seguro, para inspirar confianza. Esta es la verdad, Marforio; el Cónclave, reunido a puertas cerradas ...

MARFORIO. Sí; el Cónclave es *con clave*.

PASQUINO. ... Eligió clandestinamente un papa..., el más viejo y moribundo de los cardenales. Y de pronto, a continuación, ese viejo casi difunto se puso a gozar de una extraordinaria longevidad ...

MARFORIO. Como si no hubiera hecho más que eso durante toda su vida.

PASQUINO. Precisamente, durante toda su vida no había tenido ninguna aptitud para ese deporte y se lo eligió porque habría de morir en poco tiempo. No hay ningún Papa vivo, Marforio: hay un hombre hábilmente embalsamado o un autómatas perfeccionado, irrompible e infalible...

MARFORIO. No estaría mal que el poder espiritual no conservara nada de temporal.

PASQUINO. ¡Hay sobre todo -medite usted esto, Marforio- una tiara! Piense en los holchos recientes. La Cristiandad la ha pagado exactamente...con el dinero de San Pedro.

MARFORIO. Pero ¿y las punciones?

PASQUINO. No le hacen punciones: ¡le dan cuerda!

MARFORIO. ¿Y esos frascos que trae el doctor Rossini?

PASQUINO. Simple refresco para los reporteros sedientos.

MARFORIO. ¿Su Santidad no sería entonces más que una invención, una noticia falsa creada por los periodistas?

PASQUINO. Agregue usted: anticlericales.